



Abraham Maimonides: un sufí judío

Tom Block



la Senda mística del sufismo, con su amplitud de miras, se le reconoce la capacidad de atraer fácilmente a creyentes de otras religiones. Hoy, al igual que en el pasado, son muchos los judíos, los cristianos y los seguidores de otras religiones que siguen esta práctica, estudian bajo la dirección de maestros sufíes y aprenden la Senda sufí. El historiador del sufismo Idries Shah ha subrayado la influencia sufí en el pasado sobre San Francisco de Asís, los trovadores, San Agustín, los Rosacruces, Maimonides, la Kabbalah judía y un gran número de otros movimientos religiosos medievales y modernos.¹

Si bien es cierto que gran parte de este contacto fue incidental e indirecto —el sufismo llegó, por ejemplo, a San Francisco por intermedio de unos escritos judíos traducidos al latín— hubo un tiempo en que fue profunda la influencia sufí en la orientación y el pensamiento de los místicos de religión judía. A pesar de estar enterrado bajo siglos de olvido histórico e incluso de absoluta negación,² está claro el hecho de que hace más de setecientos años los líderes judíos no sólo mantenían un diálogo abierto con los místicos islámicos, sino que también tomaban libremente de sus fuentes, aportando una marca de piedad «islámica» a los ritos medievales de la sinagoga. En el siglo XIII, Abraham Maimonides, hijo del gran filósofo judío español Moisés Maimonides, no sólo incorporó la práctica mística islámica a su visión del judaísmo, sino que se consideró además él mismo como un «sufí judío», un practicante de ambos misticismos, judío e islámico.

A partir de Abraham Maimonides, el sufismo desempeñó un papel básico en el desarrollo de la espiritualidad judía, influyendo fuertemente en la orientación de la Ka-

bbalah, y más tarde, en el crecimiento del hasidismo. Por sorprendente que pueda parecer, las innovaciones sufíes a la religión judía, iniciadas por Abraham Maimonides, fueron con toda seguridad el hecho más importante en la espiritualidad judía desde la destrucción del segundo Templo en el año 70 d.C.

Abraham creció en un mundo realmente multicultural, donde musulmanes, judíos y cristianos se relacionaban en una de las sociedades más tolerantes de la historia de la humanidad. A diferencia de nuestra época, en que la voz del odio es mucho más fuerte que la de la amistad, el Egipto medieval era un lugar de respeto mutuo, de leyes protectoras y de relaciones entre las religiones sorprendentemente fuertes y positivas. Era también una época y un lugar en el que los sufíes y el pensamiento sufí florecían —las bibliotecas judías a menudo tenían libros de maestros como Qazālī, Sohrawardi y Hallāy, todos debidamente transcritos al alfabeto hebreo de la población judía local. Sufíes y judíos se conocían mutuamente, leían ambos los libros de los otros, e incluso cotejaban sus datos sobre espiritualidad y sobre la búsqueda de la unión con Dios.

La Senda sufí influyó profundamente en Abraham. Sin embargo, de haber sido tan sólo un hereje judío más, sus creencias sufíes hubieran quedado relegadas a las notas a pie de página de la historia judía —y el misticismo judío hubiera seguido siendo sólo una mera respuesta judía a este mundo a veces inexplicable. Pero, sin embargo, Abraham Maimonides, fue una de las autoridades judías más respetadas de su época. Como *Ra'is al-Yabud* —jefe de los judíos egipcios—, posición que heredó de su padre, tuvo poder tanto localmente como fuera de Egipto.



*Al igual que la mano
sostenida ante los ojos
impide ver la montaña más alta,
así nuestra simple existencia terrenal
nos impide ver
los destellos maravillosos
y los secretos
que el mundo encierra.
Quien sea capaz de apartarla
de sus ojos
verá la intensa claridad
del mundo interior.*

Nachman de Breslau (1772-1810)



Día de fiesta (Rabino con limón), 1914. Marc Chagall

Abraham, que alcanzó esta posición a la temprana edad de 19 años, demostró ser un buen administrador civil así como un estudioso creativo de la religión. Como ocurría con su padre, venían a verle, incluso desde lugares alejados, para dirimir controversias religiosas, asuntos sobre leyes sociales y *halájicas* e incluso cuestiones matrimoniales. A diferencia de su padre, sin embargo, no fue nada indeciso en sus sentimientos hacia los sufíes, ya que estaba convencido de que la disciplina sufí había sido heredada por los místicos islámicos de los antiguos profetas de Israel y que ellos (los sufíes judíos) estaban recuperando del Islam una doctrina auténticamente judía. Como dijo el mismo Abraham: «Te haces consciente de los caminos de los santos antiguos de Israel, que nuestros contemporáneos no practican casi nada, o nada, y que se han convertido ahora en la práctica de los sufíes del Islam, debido a la iniquidad de Israel.» (Maimonides 1991, p. 8). Y no sólo estaba Abraham convencido de que la Senda sufí correspondía, de hecho, a un misticismo judío perdido, sino también de que la práctica judía/sufí era la precursora necesaria de una

época mesiánica, en cuyo umbral se hallaba. Abraham vio en el sufismo una disciplina mística que le prepara a uno para alcanzar el estado sublime de la profecía. (Idel 1998, pp. 150-151).

Lo que hizo de Abraham una figura tan importante en la propagación del pensamiento sufí por todo el mundo judío fue que no rompió con el judaísmo tradicional para practicar una forma judía de sufismo. De hecho, no se puede imaginar un heredero espiritual más entregado a su predecesor de lo que fue Abraham. La obra de Moisés Maimonides, innovadora en las ideas y la filosofía judías, había despertado una gran resistencia, especialmente en las escuelas rabínicas del sur de Francia. Por ello, Abraham vertió mucha tinta para defender las posiciones de su padre. En todos sus escritos, citaba a su padre en cuanto la oportunidad se le presentaba. (Altmann 1967, p. 145)

Al mismo tiempo, sin embargo, Abraham Maimonides introducía las creencias y las prácticas propias de los sufíes en su fe judía. Justificaba esta situación paradójica— creer que la ley judía se debía seguir estrictamente, mientras



era partidario de reformas inspiradas en el sufismo— hallando actitudes e ideas sufíes en lo más destacado de la historia del pensamiento rabínico. (Idel 1998, p. 16). Salpicaba no sólo sus comentarios, sino también su correspondencia, con terminología y creencias sufíes. Es importante recordar aquí lo lejos que llegaba su correspondencia. Considerado como una de las mayores autoridades rabínicas de su tiempo, a Abraham le consultaba sobre temas legales gente que le escribía desde Siria, Yemen y Tierra Santa. (*ibid.*, pp. 141-142). Es casi seguro que utilizaba estos contactos para propagar sus creencias sufíes.

En su propia sinagoga, en la que era el rabino principal, introdujo prácticas nuevas y controvertidas, que incluían prosternaciones y abluciones frecuentes, elevaciones de manos para suplicar, rezos poniéndose alineados en filas y otros rituales inspirados específicamente en el sufismo (*ibid.*, p. 19). A pesar de que muchos de los judíos egipcios más tradicionales se encontraban molestos con las prácticas abiertamente sufíes de Abraham, su posición civil como jefe de los judíos le permitía llevar estas prácticas islámicas hasta el corazón mismo de los ritos judíos egipcios.

Dedicó los tres primeros capítulos de su obra maestra mística *Kifāya*, un libro de 2.500 páginas, a revisar detalladamente los pensamientos y las leyes de su padre y escribió una cuarta sección en la que analizaba con gran detalle la *Tariqa*, la Senda mística sufí hacia la iluminación. En este cuarto capítulo, Abraham enumeraba las características específicas de la Senda sufí, que comprenden la sinceridad, la compasión, la generosidad, la dulzura, la humildad, la fe, la conformidad, la abstinencia, la mortificación y la soledad. También mencionaba que una vez recorrida con éxito la Senda y lograda la unión con Dios, el buscador debe llevar unas prendas especiales, que coinciden precisamente con la vestimenta sufí. Abraham Maimonides decía con cierto orgullo que él mismo usaba el clásico manto sufí de lana (*ibid.*, p. 144), jndicando así que no sólo había seguido la Senda sufí, sino que la había completado! Este libro, el *Kifāya*, se

había extendido ya por tierras lejanas incluso en vida del autor, llevando con él sus ideas sobre el sufismo.

Abraham utilizaba el poder que le confería su cargo para hacer avanzar la causa sufí, situando a los judíos sufíes en puestos relevantes de la comunidad judía de Egipto. Ciertamente, la posición de Abraham como jefe de la comunidad judía y como rabino preeminente y erudito, facilitó el que su orientación sufí influyera no sólo en su entorno local y temporal, sino en la dirección del pensamiento místico judío, de una manera que resultó fundamental en el desarrollo de la espiritualidad judía. El siglo XIII, el tiempo en que vivió Abraham Maimonides, fue una época de tremenda fertilidad en el pensamiento y la religión judíos —algunos afirman incluso que fue la época más productiva y creativa de toda la historia del misticismo judío. (Verman 1992, p. 8). En esta tierra abonada es donde Abraham sembró la semilla del pensamiento sufí. No sería una exageración decir que las inclinaciones de Abraham influyeron en todos los escritos místicos judeo-árabes de los doscientos años siguientes, los años en que se desarrolló el sistema kabbalístico. (Idel 1998, pp 149-151). De hecho, sus trabajos seguían siendo objeto de estudio por los kabbalistas en la Safed del siglo XVI, ciudad en la que la Kabbalah luriánica preparaba el terreno para la entrada del hasidismo en la escena mística judía.

Prácticamente todos los judíos —y muchos no judíos— han oído hablar de Moisés Maimonides, al que se considera como la quintaesencia del teólogo judío racionalista. Pero casi nadie sabe que su hijo, Abraham, que también fue jefe de los judíos egipcios, hizo variar para siempre el rumbo del misticismo judío en la dirección del de sus primos, los sufíes del Islam. Los judíos de hoy en día que practican las ciencias kabbalísticas y el hasidismo, ignoran seguramente hasta qué punto está la Senda sufí presente en sus devociones diarias.

Notas

1.- *The Sufis*, Idries Shah.

2.- Para confirmar esta afirmación, basta ver lo que dicen tres de los historiadores más importantes del misticismo y de la filosofía judía del siglo pasado. Gershom Scholem, por ejemplo, el principal erudito de la Kabbalah del siglo XX, llegó a decir específicamente que el sufismo no había tenido ningún efecto apreciable en el desarrollo de la Kabbalah. A.S. Halkin, que escribió prácticamente en la misma época en que lo hacía Scholem (a mediados del siglo pasado), afirma que: «En toda la abundante literatura de la Kabbalah, no hay rastro de fuentes ni de influencias no judías.» Por último, Martin Buber, maestro reconocido en el misticismo hasídico, señala similitudes entre dos cuentos didácticos (uno sufí y otro hasídico) para inmediatamente afirmar que esto no prueba de ninguna manera «conexión interna alguna entre el sufismo y el hasidismo». Me resulta difícil imaginar otra área del conocimiento que haya sido reprimida con tanto éxito como ésta, debido a tabúes políticos y culturales.

Referencias

- Altmann, Alexander (ed.), 1967. *Jewish Medieval and Renaissance Studies*, Harvard University Press, Cambridge, MA
- Buber, Martin, 1948. *Hasidism*, Philosophical Library, Nueva York.
- 1995. *The legend of the Baal Shem Tov*, Princeton University Press, NJ.
- 1991. *Tales of the Hasidim*, Schocken Books, Nueva York.
- Idel, Moshe, 1995. *Hasidism: Between Ecstasy and Magic*, SUNY New York Press, Albany, NY.
- 1998. *Jewish Mystical Leaders and Leadership in the 13th Century*, (ed.) Jason Aronson Publishers, Northvale, NJ.
- 1988a. *Kabbalah: New Perspectives*, Yale University Press, New Haven, CT.
- 1988b. *The Mystical Experience in Abraham Abulafia*, SUNY New York Press, Albany, NY.
- 1988. *Studies in Ecstatic Kabbalah*, SUNY New York, Albany, NY.
- Maimonides, Obadyah (traducción e introducción de Paul Fenton), 1981. *Treatise of the Pool*, Octagon Press, Londres.
- Scholem, Gershom, 1996. *On the Kabbalah and its Symbolism*, Schocken Books, Nueva York. 1987. *Origins of the Kabbalah*, The Jewish Publication Society, NJ.
- Schwarz (ed.) 1956. *Great Ages and Ideas of the Jewish Peoples*, Random House, Nueva York.
- Verman, Mark, *The Books of Contemplation*, 1992, SUNY New York Press, Albany, NY.